

La producción artística es, junto con la difusión de la investigación científica, una de las dimensiones fundamentales de la proyección del desarrollo y el crecimiento de la humanidad. Las prácticas sociales científica y artística de la llamada vertiente occidental del mundo, poseen un pasado común; en su condición de prácticas significantes, están originalmente insertas en una herencia cultural que las nutrió de estrategias y recursos similares. Con todo, la modernidad les impuso una andadura histórica por vías que, especialmente en el imaginario social, se perciben, si no opuestas, al menos como muy diferentes.

En estos días ha tenido lugar un acontecimiento astronómico que se repite muy de tarde en tarde. Lo llaman el alineamiento de planetas y, precisamente por su dilatada periodicidad, cada vez que se produce en el tiempo de los seres humanos —tan fugaz si se lo compara con el del universo—, motiva comportamientos aberrantes y caprichosos cuyo sustento es la superstición, cuando no la locura.

En cambio, la interpretación científica de dicho acontecimiento parte de un saber acumulado a partir del estudio de la entidad sideral que se ha valido, entre otros recursos metodológicos y técnicos, de un modelo de esa realidad. Análogamente, una interpretación artística del alineamiento de los planetas exigiría, también, una modelización de su incidencia dentro de las relaciones históricas de los seres humanos con la naturaleza, que incluyen, desde luego, las de los seres humanos entre sí. Ambas prácticas sociales, como puede apreciarse, recurren a procesos modelizadores de la realidad.

Esta coincidencia no es casual; por el contrario, manifiesta las raíces comunes del arte y la ciencia. Las respectivas prácticas productivas comparten, desde sus orígenes, una dimensión lúdica y otra de interpretación, cuestionamiento y conjetura sobre el universo de la experiencia humana que, desde luego, están muy lejos de la conducta fetichista o mistagógica de la superstición.

Sin embargo, los procedimientos cognoscitivos de ambas prácticas productivas siguen trayectos indagatorios diferentes: la ciencia pertenece al orden de la intención; el arte, en cambio, al de la invención. El concepto de intención está etimológicamente ligado al de 'extender, desplegar, dirigirse a'; el de invención, al de 'llegar, venir, presentarse'. La intención supone un propósito; la invención, un hallazgo. Con todo, ambas prácticas sociales están encaminadas a lograr información inédita relativa a los objetos que constituyen la realidad o a las relaciones de los seres humanos.

SISTEMA DE BIBLIOTECAS - UCR



REV48152

El editorial del número anterior de *ESCENA* —cuya aparición había sido anunciada para mediados de diciembre de 1999—, se refería a la coyuntura que el cambio de año instauraba y, en consecuencia, a la ideología del fin de milenio. Las opiniones que entonces emití exigieron que, contrariamente a lo que hice en muchas ocasiones anteriores, suscribiese el artículo, como haré también en este caso. Ello se debe a que mi punto de vista, sea como fuere, está lejos de considerarse verdad universal o de siquiera aspirar a tal categoría y, por consiguiente, no debe involucrar los criterios del cuerpo editor.

El hecho es que el presente número de *ESCENA* aparece ya en pleno año 2000 y, cábalas más o fetiches menos, resurgen las alucinaciones que la fantasía echa a volar a modo de mitigación y consuelo ante la ominosa evidencia del cambio de las cifras con que se reconocen los años de la existencia cotidiana. En el inconsciente colectivo se anhela que la transformación, el cambio, sean beneficiosos.

¿Por qué no desear, por tanto, que este año 2000 sea portador de exaltación y provecho? En lo que a *ESCENA* respecta, ¿por qué no aspirar a que el 2000 se constituya en año inicial de un proceso de fertilidad y renacimiento de la práctica social artística? El conjuro del milenio o del alineamiento de los planetas que, menos azaroso que coincidente, ha ocurrido en mayo —la primavera boreal de este nuevo año—, puede quizá fundar una nueva etapa del desarrollo artístico costarricense.

Al inicio de este editorial, procuré mostrar la concomitancia del arte y la ciencia. En lo fundamental, ambas prácticas sociales se inscriben en el afán de conocimiento de los seres humanos. Esto significa que responden a la humana necesidad de crecer, de ser mejores, de alcanzar niveles de perfección.

La dimensión histórica del modelo que todo producto artístico expone y difunde, hace posible un aprendizaje enriquecedor sobre la condición humana y, por consiguiente, sobre las fobias, miedos y carencias que, en mayor o menor medida, están en la base de los conflictos, las angustias y las frustraciones de la existencia social. La práctica artística condensa, de este modo, un saber imprescindible para el mejoramiento de las condiciones colectivas de vida.

ESCENA desea a sus lectores que el 2000 satisfaga sus expectativas artísticas y les colme de producciones y productos excelsos.

Gastón Gaínza
COMITÉ EDITORIAL